



PQ7297

.R73

A7



1080019388

n.º 8
Precio

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

EL
ANÁHUAC.

ENSAYO ÉPICO

EN TRECE CANTOS EN ROMANCE HERÓICO,

POR

© José M. Rodríguez y Cos. ©

*En la Librería de Carreras
Martínez Villanueva, en
Cecilia de*



MÉXICO.

Imprenta de M. Murguía y C^ª, portal del Aguila' de Oro.

1853.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

40593

PG 7297

1273

A7

Es propiedad del autor.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL HEROE ILUSTRE

DE TAMICO,

AL INMORTAL SANTA-ANNA,

CONSOLIDADOR

DE LA INDEPENDENCIA DE MEXICO,

DEPOSITARIO ACTUAL DEL PODER SUPREMO DE LOS ANTIGUOS EMPERADORES

DEL

ANÁHUAC.

003358

NO es al magistrado supremo, dispensador de los destinos de la opulenta república de México, á quien me atrevo á elegir por mecenas para mi modesto ensayo; una persona tan alta, investida actualmente de un poder tan inmenso, está circuida de un abismo que se extiende sin fin entre ella y el humilde poeta. Es á tí, oh héroe ínclito! es á tí, SANTA-ANNA, á quien oso dedicarle, tan solo por un arrebató inocente del entusiasmo que me inspiras: tan solo porque no puedo resistir á esa influencia mágica con que todo lo avasallas: la gloria, el heroismo.

Mas no: que aunque en concepto de los sabios fuera mi libro una obra que bastará á inmortalizar mi nombre jamas le pusiera á tus plantas como el gefe que eres de una de las primeras potências del nuevo mundo. Ah! lejos de mí las cántigas de los poetas viles que van á quemar de rodillas inciensos falsos ante los solios dorados de los grandes señores!.... En tanto que mi corazón palpita de entusiasmo, mi mente se inflama arrejada en divino éxtasis cuando saboreo uno á uno, aquellos acentos dulcísimos de los grandes ingenios, cuyas melodías siento blandamente ir á quebrarse ante los pedestales diamantinos de los héroes.

Sí, general ilustre, tú eres mi mecenas; porque eres el que tiene mas puntos de semejanza con el azteca glorioso cuyas proezas canto: tú, como él, sabes lanzarte á las lides,

y, vencedor ó vencido, luchar, como el leon montado en saña, por la causa sacrosanta de la gloria, de la libertad, de la independencia. Tú, como él, sabes arrostrar los insuperables obstáculos del egoismo y la traicion, de la mezquindad y la perfidia; y como él, ahora con un ejército poderoso, despues con un puñado de valientes, sabes contrastar impertérito las falanges altaneras de naciones fortísimas.—El sol del Anáhuac se apagó en las mismas cenizas de aquel desgraciado imperio: tú, mas afortunado que el héroe esclarecido que extinguirse le viera, desnudaste á las márgenes del Pánuco tu espada inmortal, y rasgando con ella el crespon que velaba aún el cielo de la tímida, independiente México, dejaste resplandecer en toda su pureza aquel astro vívido, simulacro sublime de su gloria y su libertad.... y sus rayos hermosos, reverberaron sobre la frente excelsa de Anáhuac renacinte.... y sus reflejos, como una bellissima auréola color de íris, vinieron á posarse sobre el laurel inmarcescible que ató la fama eterna en derredor de tus gloriosas sienes.

¡Ah héroe! Si los acentos de mi lira no fuesen tan flébiles; si pudiesen resonar en la estension sin límites del orbe, dulces y vigorosos como la voz del inmortal Homero; si fuese, en fin, mi canto digno de tí, digno de la raza bélica cuyos hechos conserva la Historia en su inviolable sagrario, escritos por ella misma en líneas de oro: en lo íntimo de mi corazon creo, ¡oh ínclito mecenas! que no pudiera sobrevivir á la dicha de ver el Anáhuac en su antiguo prestigio; de ver su nombre tantas y tan injustas veces pisado, nítido y puro como le escribió con la espada aquel puñado de semidioses,

que extender supiera en dos centurias el imperio magestuoso del águila, sobre la extension inmensa de medio mundo.

Ah! dichoso el poeta cuyo ingenio tanto alcance!... Yo, mísera medianía, me tendré feliz, si no lejos del mausoleo magnífico sobre que colocará la patria reconocida tu espada gloriosa y tu laurel de frescura eterna, obtengo un pedazo mezquino de tierra, do la piedad cave para mis cenizas un sepulcro ignorado, bajo una modesta losa sin nombre, pero sobre la cual se refleje ¡UN DESTELLO DE LA GLORIA DEL HÉROE DEL PÁNUCO!....

El Autor.

A LOS POETAS.

PRÓLOGO.

NO es mi ánimo, ¡oh luceros del cielo de la literatura! arrebatáros un laurel que tan justamente os es debido; porque, con sencillez os lo confieso, tengo la persuasión íntima de que cualquiera de entre vosotros que prescindido hubiese de esa modestia, velo purísimo como los vapores sùtiles de gasa que embozan las llanuras floridas á la latitud de México; cualquiera de vosotros, repito, que prescindido hubiese de la timidez, rasgo infalible del verdadero mérito, hubiera con ese fuego que tiene la fantasía bajo el cielo bellísimo de los trópicos, con esa erudicion, con esa riqueza de lenguaje, con esas galas, con ese estro, para decirlo de una vez, de que haceis ostentacion en vuestras brillantes composiciones, hubiera, torno á repetir, sorprendido al mundo, cantando las inmortales proezas de los mexicanos antiguos; porque ellas son de una naturaleza tal, que un esfuerzo leve de vuestros ingenios preclaros, bastado habria para elevarlas á tal altura.

Vuestra modestia, sí, es la mas bella prenda que os adorna; mas ah! que llevada al extremo respecto de la patria, me parece un pecado de omision, imperdonable. Recorred una á una las naciones antiguas y modernas, incultas y civilizadas, débiles y fuertes, y creo que no me dareis alguna cuyos vates con versos mas ó menos pulcros, mas ó menos eruditos, no se hayan esfor-

zado en cantar su historia, sus tradiciones, sus hechos gloriosos; porque, si es á los héroes á quienes toca dar libertad y gloria al suelo que nacer les viera, es á los poetas á quienes toca inmortalizar aquellos nombres.

Solo México, por no sé qué anomalía fatal, mejor dicho, por no sé qué maldicion del cielo, ó no ha tenido quien la cante*, ó si alguien se ocupa de ella, es para desacreditarla y vejarla. Siempre ponderando sus defectos, siempre haciendo irrision de sus personas las mas respetables, de sus creencias las mas santas, de sus instituciones las mas sagradas: siempre deplorando que no valemos nada, que estamos perdidos y sin esperanza de remedio; y bajo el fuego de las pasiones ruines de partido, ó bajo la influencia pasiva de una pusilanimidad punible, siempre proponiendo como tabla única de salvacion, un pensamiento parricida, un crimen de lesa patria: "la muerte, ó la vergüenza; la aneccion á los pérfidos Estados-Unidos del Norte, ó la antigua ignominiosa tutela de la no menos pérfida madrastra!"

Hay, gracias al cielo, muchos mexicanos esclarecidos, en el corazon, excepciones gloriosísimas de esta regla, entre los cuales, segun creo, os contais todos vosotros, oh poetas! por lo cual no puedo menos de insistir en que habeis sido culpablemente modestos; pues que considero imposible que á ninguno de vosotros se oscureciese, que si la conquista de México es gloriosa para España, lo es con mucho para la misma México.

Saltó en tierra un puñado de aventureros y quemó sus na-

* Salvo algunos opúsculos ó poesías sueltas y publicaciones históricas, porque yo hablo de un poema que abraza toda la conquista, y muy especialmente, la sin igual gloriosa defensa de Tenochtitlan: y salvo tambien la bellisima produccion de la señorita G. de Avellaneda, porque me contraigo á los poetas mexicanos.

ves, es verdad: rasgo es este digno de los elogios que se le han tributado por los historiadores españoles y extrangeros; pero despues de este paso, la fortuna les tomó por la mano, y les abrió el camino, y les allanó dificultades, cualquiera de las que, solo de pensarse antes, habria bastado para obligarles á retroceder.

El imperio estaba cansado del yugo despótico de Moteuczoma: la república de Tlaxcállam miraba zelosa el inmenso poder y la gloria guerrera del floreciente imperio; y el emperador, acobardado, se disponia á abrir las puertas de la infelice México á los sobrenaturales seres, cuya aparicion milagrosa sus funestos oráculos habian predicho. ¿Qué mucho que así hubiesen, con el prestigio de semidioses para los unos, con el mágico nombre de libertadores para los otros, con el atractivo de vengadores para estos, y con el encanto de sabios, hermosos y valientes para los mas; qué mucho, digo, que abriéndoles el mismo aterrado Moteuczoma los débiles brazos, hubiesen llegado hasta su pecho, para hundir despues en el corazon del desarmado imperio el puñal que diese término á su existencia?....

Empero estos mismos desgraciados sucesos, negros como la bóveda del cielo en medio de la tempestad mas deshecha, son la sombra del cuadro que hace destacar mas vigoroso, mas admirable el héroe cuyas glorias he hallado dignas de cantarse.

Era un caos el imperio: el español se enseñoreaba en él como una divinidad fatídica:—Cuahutimótzin se arroja impertérrito, y ordena el caos, y saca patriotismo de la indiferencia y guerreros de los moribundos espíritus, prócsimos á cederlo todo ante los sobrenaturales seres— que manejan el rayo con su lampo y su formidable estampido; que subyugan el albedrío de inteligentes monstruos, sobre los que, adheridos como si fuesen uno solo,

XII.

desbaratan ejércitos enteros; que cruzan el océano sobre casas flotantes, obedientes también á su imperio: y cuyos cabellos color de oro, y cuyo rostro claro como la luz del sol, les hacia presumir los hijos de aquella misteriosa divinidad benéfica.

Pregunto: los españoles, en igualdad de circunstancias, ¿habrían hecho mas? ¿Habrían resistido setenta y cinco dias en los estrechos límites de una ciudad, á cien y cien tribus y naciones ligadas en su contra, es decir, á todo el imperio, disciplinado hasta cierto punto con la táctica europea, dirigido por unos gefes, con la experiencia de sesenta siglos (recibida de la historia entera del mundo, desconocida para aquellas razas inocentes), y ayudados de los terribles efectos de las armas de acero, en resistencia de las cuales no podían oponer los tristes mexicanos, sino el pecho desnudo ó la obsidiana quebradiza? ¿Habrían los españoles, repito, arrostrado, tras desgracias tantas, tras obstáculos tan inmensos, la sed, la hambre, la epidemia?— ¡Zaragoza! he aquí un título de gloria eterna para ellos: ah! no se les niego; pero allí no se peleó contra semidioses: allí, al menos, habia el consuelo de que un golpe logrado era la muerte, era la venganza duleísima que se suspiraba; porque se combatía con armas iguales, porque se combatía con hombres semejantes, porque se combatía con la misma táctica.

Y últimamente, ¿habría entre ellos uno que en medio de las ascuas de una hoguera, hubiese podido conservar la misma serenidad, el mismo brio?

Oh poetas! rasgos son estos mas bien dignos de vuestras plumas que de la mia!.... por esto no me he atrevido á llamar á mi libro sino un *ensayo*: cantadlos vosotros, ea! no vacileis; porque yo sé que la patria se ocupa afanosa en tejer con sus mis-

XIII.

mas sacrosantas manos, una corona de laurel eterno, que colocará sobre la frente de aquel de entre sus hijos que la restituya á su prestigio antiguo: cantadlos, y recoged el blason preciosísimo. Yo, el último de entre vosotros, me tengo dichoso con la pequeña gloria que me sea debida, *nada mas* por haber sido el primero en arrojarme á la empresa ardua.

El Autor.